

RESEÑAS

Carolina A. Navarrete González.
Las afecciones de la carta: sujeto doliente y resistencia en la escritura epistolar de mujeres en Chile en los siglos XVIII y XIX. Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2017. 455 pp.

El presente libro constituye sin duda una notable contribución al campo de los estudios hispánicos. Más específicamente, desde la perspectiva de la crítica literaria, este trabajo es relevante por varias razones. La más obvia radica en que examina la producción epistolar de dos mujeres chilenas de los siglos XVIII y XIX que no son ampliamente conocidas en la academia actual: Sor Josefa de los Dolores Peña y Lillo y Carmen Arriagada. En este sentido, Navarrete crea un archivo de textos poco estudiados, los cuales incluso han sido doblemente marginados: primero, por haber sido escritos por sujetos femeninos en una sociedad todavía dominada por el patriarcado; y segundo, por pertenecer a un género literario —la carta “privada” o personal— que ha quedado en la sombra de otros géneros más canónicos, como la crónica oficial, la poesía épica, la novela y las cartas de carácter público que abordan actos de conquista o emancipación, sien-

do ejemplos clásicos las de Cristóbal Colón y Simón Bolívar. Vale agregar que el archivo formado aquí no solo contiene el corpus redactado por estas dos autoras, sino también una valiosa edición anotada de 54 cartas escritas por mujeres chilenas del siglo XVI al siglo XIX, como Isabel Mondragón y Javiera Carrera.

Además del valor historiográfico que representan unos documentos que nos permiten vislumbrar la “intrahistoria” —un término famosamente acuñado por Miguel de Unamuno— de aquellas épocas, estos enriquecen el campo de los estudios literarios al complementar las obras de la escritora de cartas más célebre del período colonial latinoamericano: Sor Juana Inés de la Cruz, con quien resulta casi inevitable una comparación. Tal como señala Idelber Avelar en su prólogo al libro, Sor Josefa, Carmen Arriagada y la notoria monja de Nueva España comparten algunos aspectos en común, entre ellos, las “tretas del débil” (13), esas estrategias sutiles y aparentemente contradictorias empleadas, según Josefina Ludmer, para contrarrestar los paradigmas patriarcales. Sin embargo, lo que destaca en el análisis del conjunto de cartas propuesto por Navarrete es la afirmación de la

relevancia de las cuestiones corporales, las cuales parecen ser más secundarias en la *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz* (1700 [1691]) de Sor Juana. Aquí, el dolor físico, la enfermedad y la aflicción ocupan un lugar central. Más precisamente, la corporalidad sufriente, como nos lo recuerda Navarrete, proviene de una tradición religiosa en el caso de Sor Josefa, una tradición basada en la concepción agustiniana del cuerpo como una materialidad impura (277) y el concepto de *imitatio Christi*. Por su lado, Carmen Arriagada sufre la insoportable ausencia del ser querido (Johann Moritz Rugendas), lo que la convirtió en una mártir romántica (286) para quien la escritura tiene una función terapéutica.

Otro elemento que vale la pena enfatizar es la atención que Navarrete presta a las tensiones presentes en las cartas bajo estudio. De hecho, la autora proporciona una lectura sumamente matizada que toma en cuenta las ambigüedades inherentes no solo al acto de analizar dichos documentos desde un punto de vista contemporáneo (y externo), sino también a las cartas mismas. En efecto, no se puede ignorar la suerte de violencia simbólica que queda implícita en la práctica de leer las cartas privadas de otra persona casi “a la fuerza”, según argumenta Céline Dauphin (cit. en la introducción, 25). Al mismo tiempo, Navarrete reflexiona sobre las motivaciones secretas de ambas escritoras, señalando la importancia del “no-decir” en los textos de Sor Josefa (143), un mecanismo que es probablemente concebido como un medio de ex-

presión necesario. Esta actitud reservada, la cual está ejemplarmente ilustrada en la portada del volumen, establece una especie de intimidad con las escritoras que se observa fácilmente en la decisión de Navarrete de referirse a ellas por sus nombres, es decir, Sor Josefa y Carmen.

Una tensión similar se encuentra en la concepción por parte de ambas escritoras de sus cartas como una terapia tanto espiritual como física (157), aunque utópica y/o propensa a repetirse constantemente, y como fuente de sufrimiento. Esta ambivalencia será mencionada más tarde en la memorable declaración de Truman Capote en el prefacio a su *Música para camaleones* (1980): “Cuando Dios le entrega a uno un don, también le da un látigo; y el látigo es únicamente para autoflagelarse” (3). Otras tensiones se resaltan en *Las afecciones de la carta*, como entre la retórica de la obediencia y el desafío (120), el efecto de orden (a menudo impuesto por el confesor en el caso de Sor Josefa [144]) y caos. Además, es posible que el lector de este libro tienda a vacilar entre el deseo de comparar a las dos escritoras, cuyas cartas se examinan juntas en la conclusión, y el de resistir tal comparación ya que la autora afirma que su “estudio no pretende ser un análisis comparado” (33). También resulta válido preguntarse si la existencia de un “sujeto doliente” en las cartas de ambos sujetos femeninos es una mera casualidad, ya que no parece ser un tema fundamental en la edición anotada de otras cartas, o si transmite un *mal de vivre* generalizado que está relacionado con una

sociedad patriarcal y estructuralmente jerárquica, como se comprueba en los distintos apartados de contextualización.

Estas interrogantes sirven para confirmar que se trata de un estudio intelectualmente estimulante que merece ser leído por cualquiera que esté interesado en la historia de la literatura latinoamericana y su legado. Su relevancia, tanto para la academia como para el público general, ya se puede notar en la amplia difusión que ha tenido en Chile, en particular las entrevistas que fueron publicadas en *Soy Pensante* el 26 de enero de 2018, la sección “Artes y Letras” (E6) de *El Mercurio* el 25 de febrero de 2018 y *La Segunda* el 7 de marzo de 2018, así como su mención en la edición de *La Tercera* del 10 de marzo de 2018 como parte del “nuevo boom editorial” sobre “la vida de mujeres excepcionales”.

Kim Beauchesne

University of British Columbia,
Vancouver

Marie Escalante. *La naturaleza como artificio. Representaciones de lo natural en el modernismo.* Madrid: Iberoamericana/Veruert, 2016, 220 pp.

El Modernismo es uno de los movimientos literarios centrales en Latinoamérica. Esto se debe a que fue el primero que se originó en América Latina dentro del periodo independiente con serias repercusiones en España. Nombres como Rubén Darío o José Martí son parte de la educación literaria de niñas, niños y jóvenes en Latinoamérica.

Sin embargo, también existen numerosos modernistas menos visibles y quizá menos estudiados (como Salvador Díaz Mirón, Julián del Casal, Guillermo Valencia Castillo y Ricardo Jaimes Freyre, entre otros), lo cual no ha afectado la centralidad de este movimiento en la academia latinoamericana. Por tanto, si bien *La naturaleza como artificio. Representaciones de lo natural en el modernismo* tiene como tema central esta corriente, todavía es posible aportar nuevas perspectivas para su discusión. Esto se debe a que, lejos de analizar este movimiento y su conocido vínculo con las urbes y lo moderno, su autora, Marie Escalante, nos aproxima al Modernismo a partir del tópico de la naturaleza. La principal propuesta de esta publicación a lo largo de sus cinco capítulos, entonces, es que dentro de las obras modernistas la naturaleza fue un tema significativo, especialmente porque fue tratada desde un punto de vista estético.

En el primer capítulo, “Sarmiento, Martí y la idea modernista de la naturaleza”, Escalante propone analizar las formas en las que el Modernismo difiere del Romanticismo sobre este tema. Para ello, compara el *Facundo* de Sarmiento con algunas obras ensayísticas y poemas de varios modernistas. Por un lado, para Sarmiento la naturaleza podía ser considerada de modo político (determinando la barbarie de los habitantes del llano) y estético (el llano como espacio privilegiado para la poesía). Además, la imitación de modelos políticos europeos era válida, pero, en el aspecto estético, Sarmiento creía en el genio creador. En cambio, expone